EL ALBUM DE LA MUJER

ILUSTRACIÓN HISPANO-AMERICANA.

DIRECTORA, CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER

PRECIO DE SUSCRICION.

En México.....$ 3 00 trimestre adelantado.
En los Estados..... „ 4 50 „ „
En las Repúblicas del Sur y Centro América..... „ 9 00 semestre adelantado.
En Europa los agentes fijarán los precios.

Números atrasados, 50 centavos.

AÑO V.—TOMO IX. —NÚM. 22

MÉXICO, 27 DE NOVIEMBRE DE 1887.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
Calle Amor de Dios número 7

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

El Album de la Mujer se publica todos los domingos, resultando á veces cinco números mensuales, dándose además como suplemento á los suscritores, con cada número,
Un periódico mercantil y de noticias.
La suscrición es por trimestre ó semestre.

Apartado en el Correo núm. 604.

BIBLIOTECA NACIONAL DE MÉXICO

La Reina de Inglaterra y un príncipe africano

CARIDAD DE LA MUJER MEXICANA.

La mujer mexicana practica el bien por exquisita ternura de su magnánimo corazón, y no por hacer alarde de filantropía. Ella brilla más que por esas virtudes ostentosas que parecen imponer la admiración, por los méritos callados que todos ignoran, por las virtudes modestas que no buscan elogio.

La ilustrada Sra. Carmen Romero Rubio de Diaz, acaba de tener una feliz idea en beneficio de los niños indigentes, una de esas ideas que, cual todos los grandes pensamientos, emana del corazón; crear una casa de socorro que se denominará: *Asilo para los hijos de Obreras.*

En efecto, nada más generoso que pensar en esos desgraciados séres en quien nadie piensa; nada más humanitario que protejer á los hijos de la obrera. El mísero jornal de ésta no le permite atender á todas las necesidades de sus pequeñuelos; mas desde hoy no estarán abandonados, la bella mano de una virtuosa dama les ofrece protección, no pueden ser desgraciados.

La noble misión que se ha impuesto la Sra. Romero Rubio de Diaz es fatigosa, pues reunir lentamente los óbolos que ofrece la caridad, es empresa ardua. Ella no desmayará en su difícil obra, porque la emprende con entusiasmo, y éste le inspirará la constancia necesaria para darle cima. En cambio recibirá mil bendiciones de las madres que le deban el amparo de sus hijos.

La noble iniciativa de la mujer mexicana ha venido de donde debe venir siempre el buen ejemplo, de lo alto, pues ha partido de la esposa del Exmo. Sr. Presidente de la República. Sean nuestras líneas una excitativa á las damas mexicanas para que cooperen con sus donativos y se pueda realizar en breve la fundación del Asilo. ¡Aplausos y bendiciones á la iniciadora de tan sublime proyecto!

Siempre se distinguió la mujer por la caridad: no nos sorprende se consagre á practicarla con tanto entusiasmo la mujer mexicana. La mujer mexicana, tímida para exhibirse en público y para promover fiestas sociales donde pudiera lucir su belleza y sus galas, no vacila ante las mayores dificultades para socorrer al infortunio. Sus tiernos y generosos sentimientos centuplican sus fuerzas físicas; tan cierto es ésto, que aquí, donde no existen corporaciones religiosas, no se ha echado de menos á las sublimes hijas de San Vicente de Paul, porque la mujer mexicana, tan tierna como virtuosa y abnegada, sabe reemplazar á la Hermana de la caridad cuando las circunstancias lo exigen.

Todos los establecimientos benéficos que existen en la República, á excepción del Asilo de Mendigos y de los creados por el Gobierno, se deben á la iniciativa de la mujer.

La mujer mexicana, que recibe todas las ideas de los nobles impulsos de su corazón, ha presentido la forma más elevada que puede darse á la caridad: la creación de escuelas para párvulos. En estas escuelas donde se proteje á los niños que la pobreza de sus madres les obliga á abandonar, reciben los inocentes caridad material y espiritual. En esas escuelas se viste al desnudo y se ilustra al ignorante, en esas escuelas se les ampara contra la desgracia, se les escuda contra el vicio, se les hace odiar el pecado y amar la virtud.

Muchas son las damas de esta simpática tierra que se han impuesto el deber de velar por la infancia desvalida. Las socias del *Apostolado de la Oración*, cuya Presidenta es la Sra. Dª Esther Pesado de Villaurrutia, han creado un Asilo para párvulos. También existe una asociación de Señoritas, cuya base fundamental es reunir semanariamente fondos para comprar juguetes y repartirlos entre los niños del Hospicio. Para haber ideado una asociación que se proponga tan generosos fines, se necesita ser madre, sobre todo madre mexicana. Sólo el corazón de una madre puede comprender que dar juguetes al niño que carece de ellos, es hacerle una limosna de amor; es llevar á su alma una ráfaga de felicidad.

La Señora que más se ha distinguido, por su incansable perseverancia en fundar escuelas, ha sido la inteligente mexicana Dª Emeteria Valencia de González. ¡Pocos potentados saben distribuir su fortuna con el acierto que ella! Mientras otras ricas dan lo que les sobra, después de haber derrochado un caudal en pueriles satisfacciones de vanidad, la Sra. González, que no conoce otra ambición que la del bien, se priva de las galas que tanto anhela nuestro sexo, para aumentar la dotación de sus escuelas.

Dotada la Sra. Valencia de González de cuantos elementos alcanza una gran fortuna, podría brillar en la vida del *beau monde*, pero ella busca el retiro anhelando pasar inadvertida. Esto no lo consigue en absoluto, porque la prensa, propagadora de toda acción laudable, suele ocuparse de la Sra. Valencia de González, ya para anunciar que ha fundado una nueva escuela, ya para decir que ha distribuido premios de aplicación entre los párvulos que se educan bajo su protección en Celaya y Salamanca. Ella es la Providencia visible de los niños de Guanajuato.

¡Benditas sean las calladas, las modestas virtudes de la mujer mexicana!

CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER.

EL ENVIDIOSO.

Este sér es uno de los más desgraciados.

Sin contar con que casi todos padecen del estómago, y esta enfermedad dicen que es difícil de curar, y además insoportable, el envidioso no tiene un momento de satisfacción, porque si en el mundo abundan las desdichas, en su mayor parte van cubiertas con la careta de la sonrisa y del placer, vestidas de frac y guante blanco, y arrastradas en magníficos carruajes pasan inadvertidas é ignoradas de la sociedad y también de nuestro tipo, á pesar de la ventaja que lleva á los demás en fuerza de ejercitar su vista para descubrir algún disgusto en que gozarse.

¿Quereis conocer al envidioso? Esto es fácil, y no obstante su hipocresía, si lo espiais con disimulo y cuidado, lo conseguireis en seguida. Pero no habeis de perder el primer momento, la primera impresión, porque pasada ésta difícil es descubrir nada.

¿Estais de visita ú os encontrais en el café y se da la noticia de que algún amigo ha heredado, le ha tocado el premio gordo de la lotería, ha obtenido un triunfo literario ó conseguido cualquiera otra cosa que le proporcione comodidad, respeto ó admiración? Fijaos en él instantáneamente, y vereis pasar por su fisonomía todos los signos de un dolor agudo, de un sufrimiento insoportable; vereis cómo su rostro, cuyos músculos se han contraido con un gesto espantable, revela una angustia infinita.

Por el contrario: se refiere que algún amigo ó conocido (y muchas veces aunque no lo sea) ha tenido alguna desgracia, sebre todo si es de esas que hacen descender al publicista, al político, al militar ó al de cualquiera otra profesión, del pináculo de la fortuna, de la admiración, de la gloria, del respeto ó de la confianza en que sus talentos ó sus riquezas le habían colocado? Miradle también y notareis todo lo opuesto á lo que visteis en el caso anterior. Vereis la alegría, la satisfacción, dilatar su rostro, hacerle por un momento agradable y hasta simpático, cuando generalmente aparece triste, reservado y con señales inequívocas del sufrimiento.

En una palabra: ¿quereis ver el dolor de Satanás cuando escucha que bendicen á Dios, ó su placer cuando le oye ultrajar? Pues procurad sorprender, en los momentos críticos que dejo apuntados, la tristeza ó la alegría del envidioso.

Tiene además, entre otras, la condición de ser intrigante, y dicho se está que embustero. Mas sus intrigas no van encaminadas tanto á procurar el propio bien, como á ocasionar el mal ajeno.

Aunque no tenga un gran talento, tiene para ésto, al menos, el de hacerlo con tal arte, que pocas veces se le descubre; y si en alguna ocasión se le coge, escapa, por lo regular, bien librado; pues convence al ofendido de que su intención era la mejor; ésto consiste en que nunca es explícito. Sus armas favoritas son una reticencia, alguna exclamación, un arqueamiento de cejas, un gesto cualquiera que al que se está quejando de otro, le dice: «Tienes razón. . . . pero tú no sabes de misa la mitad. ¡Ah! si yo hablara!!!»

Cuando más, se explica á medias: siempre dejando el misterio y excusándose de decir: «lo que no puedo decir (casi siempre porque lo ignora), por consideraciones personales, por respetos ó porque se lo impide el profundo cariño que hacia aquella persona siente;» concluyen ó con la misma oración que poco más ó menos es la siguiente: «Hombre. . . . tiene usted razón. . . . yo no lo niego; pero es preciso tolerarnos, que todos tenemos faltas;» y algún elogio de poca importancia en favor de aquel á quien acaba de hacer tanto daño.

Y claro está: si alguien ha sorprendido alguno de sus gustos, y lo denuncia; si el que estaba quejoso de un amigo, y por virtud de las reticencias, me-

dias palabras ó gestos del envidioso, siente su sospecha convertida en realidad, ó en queja profunda su ligero resentimiento; si las leves y pasajeras nubecillas que enturbian el hermoso y esplendente cielo de la amistad, se han convertido en nubarrones cargados de electricidad del odio violento, y aduce como prueba de la razón que le asiste, la conformidad que con ella manifestó nuestro tipo: como éste no habló nada en concreto, y sus gestos no pueden llevarse para que el ofendido los vea y los aprecie, ninguna justificación material puede contra él presentarse; y él, en cambio, tiene la de los elogios que hizo, los consejos de tolerancia que dió y las protestas claras y terminantes de su amistad y cariño hacia la persona á quien ha robado un buen amigo y ha proporcionado en su lugar un enemigo mortal é irreconciliable.

¡Cuántas leales amistades convertidas, por este repugnante sér, en desconfiadas, fingidas franquezas, origen de mutuas inquisiciones ofensivas, cuyo desenlace es un rompimiento brusco y desgraciado! ¡Cuántos hogares en que sólo había lucido la tea del amor, de la mutua confianza de los esposos, trocados por tan miserable sujeto en campo de discordias en que sólo se ve brillar la tenue luz de la indiferencia, origen del desprecio mutuo, causa del odio de los que tanto se amaron, cuyos corazones ni se comprenden ya con una mirada, como en dias felices, ni se hacen la más insignificante confidencia!

El envidioso, como el ratero cobarde, hiere en la sombra, y usa á menudo el disfraz de la calumnia encubierta. ¡Practica el refrán castellano de «Tira la piedra y esconde la mano!»

Guayaquil, 1887. FEDERICO ORTEGA DE LA PARRA.

NOSTALGIA.

Todos tenemos en el mundo un pedazo de tierra sagrada para nuestros corazones; tierra donde cayeron las lágrimas y el sudor angustioso que derramaron nuestras madres al darnos la vida; tierra cuyas plantas y flores deben sus filamentos, sus matices y exuberante vida á los filamentos de los cuerpos, á los átomos escapados del cerebro y á la médula de los huesos de nuestros abuelos, mezclados al polvo, al agua y al aire, como otros gérmenes de vida derramados por el espacio para ayudar al eterno germen que sostiene la armonía del Universo.

Todos tenemos un bosque cuyos pájaros se han alimentado con las frutas y los granos de nuestro huerto, que han venido á tomar las migajas de pan caidas de nuestra mesa, y cuyos nidos cuelgan aún, vacíos de la pasada cría, en las ramas del árbol que da sombra al umbral de nuestra puerta; bosque donde ha resonado tantas veces, ya el grito ronco de las pasiones contrariadas, ya el doliente gemido de ese dolor sordo, implacable, intenso, que se llama *desaliento;* ya los dulces cánticos, las melodías inefables de un primer amor puro como la cándida espuma del arroyuelo, virgen, joven y hermoso como el primer rayo de sol que iluminó la tierra el dia que la mano de Dios la engastó en la inmensa cadena de los mundos.

Todos, en fin, tenemos ya un palacio, ya una cabaña, santuario bendito donde se encierran los ídolos más caros á nuestro corazón: el padre, la madre, el esposo ó la esposa, los hijos, los hermanos; séres que lloran, rezan, cantan y rien, y cuyas plegarias, llantos, cánticos y risas no pueden exhalarse sin que vengan á repercutir en lo más hondo de nuestra alma para llenarla de amargura ó para derramar en ella el bálsamo santo de todas las alegrías posibles en el mundo; santuario de bendición donde no cubren nuestra frente las nubes de la duda ó de la decepción amarga, sin que una mano casta y piadosa se apresure á separarlas; donde no podemos gemir en el lecho del dolor sin que veamos, á la media luz de nuestra alcoba, ir y venir solícitos y silenciosos, como benéficas sombras, todos los séres que se interesan por nuestra vida, y sentimos manos suaves y cariñosas que se apoyan en nuestra frente, alientos tibios y bocas dulces que se pegan á nuestros oidos para deslizar en ellos, con voz trémula y apenas perceptible, inefables palabras de consuelo; y vemos miradas luminosas y llenas de ansiedad fijas en la nuestra como para adivinar nuestros más recónditos pensamientos; cuerpos que se interponen entre nosotros y la muerte; brazos que se extienden para retenernos en la tierra, hogar querido, cuyo humo vemos de lejos por la tarde elevarse en espiral sobre el techo paterno y desvanecerse en ligeros copos para anunciarnos la hora de la oración y del descanso, cuya vívida llama enciende en nuestro pecho la sagrada tea de amor inmensa á la patria y la familia.

¡Cuán terrible, cuán doloroso y desgarrador es el adiós empapado en lágrimas que pronuncia el labio trémulo al volver la espalda y dejar de ver, acaso por mucho tiempo, acaso para siempre, esa tierra, ese bosque y ese hogar!

¡Cuán desesperado, cuán atlético, cuán supremo es el esfuerzo que se hace para desatar los santos lazos que nos unen á las cosas, lazos que debían ser eternos porque están anudados en el corazón, y que al romperse le ensangrientan y quebrantan la mitad de sus fibras!

Dígalo el inmenso dolor, la negra desesperación de que rebosaba el corazón de Boabdil cuando desde la cima de las Alpujarras volvió el rostro para mirar al través de una nube de lágrimas y dar su último adiós á Granada, donde quedaban como en una urna encerrados todos sus recuerdos, todas sus alegrías, todas sus esperanzas; aquella Granada en cuyos espléndidos alcázares humeaban aún en los pebeteros de oro las esencias, y el eco repetía las últimas palabras y el ruido de las espadas de los abencerrajes; donde vibraban aún en los bosques las guzlas de sus odaliscas, abandonadas en la precipitación de la fuga, en cuyas casas conservaban aún los lechos el calor y la forma de los cuerpos, y las cunas vacías se mecían aún bajo el impulso dado por la madre algunas horas antes; donde los ecos de las solitarias mezquitas repetían aún sus sibaríticas parábolas, entonadas en honor del voluptuoso Profeta de las huríes, y las últimas nubes de sagrado orobías se apresuraban á salir por las abiertas ventanas como avergonzadas de haber cubierto con sus odoríferas alas la humilde frente de Mahoma.

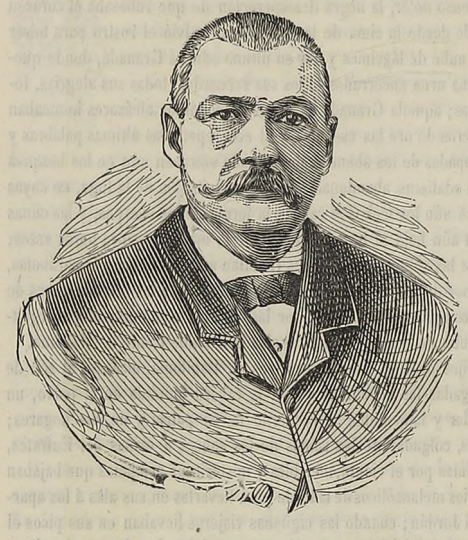
Díganlo los hijos de Judá cuando, cautivos en Babilonia, alzaban, al són de sus cadenas, rasgadas las vestiduras y con la cabeza hundida en el polvo, un himno desgarrador y lamentable al recuerdo de su patria y de sus hogares; cuando sus arpas, colgadas de las ramas de los sauces á orillas del Eufrates, despedían, sacudidas por el viento, inefables y misteriosas armonías que bajaban á recoger los genios melancólicos de la tarde para llevarlas en sus alas á las apartadas riberas del Jordán; cuando las cigüeñas viajeras llevaban en sus picos el apasionado beso y los dulcísimos recuerdos que enviaban los desterrados á sus queridas rosas de Jericó.

¡Oh Cuba, hermosísima y adorada patra mía! Nunca he perdido de vista tus gallardas palmas ni los altos picos de tus montañas, tus claros horizontes y el diáfano azul de tu cielo; siempre los grandes cedros de tus bosques y tus floridos robles han sombreado mi verde lecho en la soledad de los campos; siempre tus cañaverales y tus sonantes plátanos han arrullado mi sueño con su música, para mí más dulce que las etéreas melodías de los ángeles; siempre, al rumor de tus tempestades y al mugido de tus mares revueltos, ha volado mi alma, llena de sacratísima unción, á los espacios de luz increada, y allí ha demandado, en nombre tuyo, al Sabio, al Fuerte, al Justo, un átomo de su eterna sabiduría, de su poder infinito y de su justicia inalterable. Pero no llega á mis oídos la dulcísima voz de mi madre, ni el cántico de los pájaros que deshilachaban mi cuna de mimbres para tejer las aereas cunas de sus hijos; no veo el verde sendero que conducía á la cabaña, ni reconozco las huellas de mi padre en la arena de las riberas; no oigo por las noches el ladrido del perro fiel que velaba echado en el umbral de la puerta; ni veo, á la luz de la luna, el humo del hogar paterno flotar sobre el pajizo techo; no veo el cementerio donde iba por las mañanas á renovar las flores en las queridas tumbas de mis abuelos y de mis hermanos; y mi alma desfallece y siente resbalar en su fondo el frio hálito de los sepulcros, y siento oprimirse mi pecho bajo la mano helada de esa lánguida enfermedad del corazón que se llama *nostalgia.*

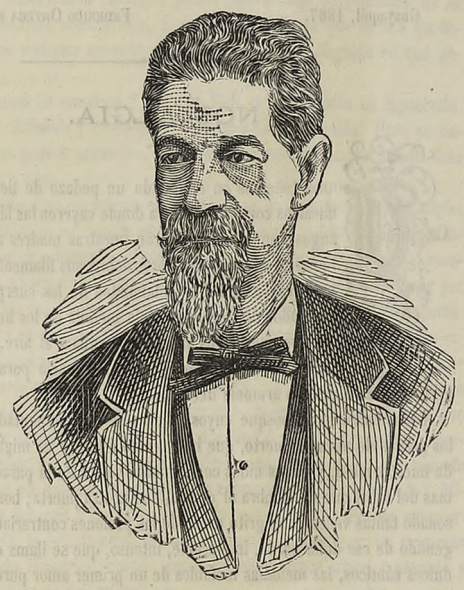
¿Cómo pude arrancarme de los amantes brazos de mi madre y levantar el rostro bañado en lágrimas, abrir los trémulos labios y extender la mano para decir adiós á mi padre, á mis hermanos y á los árboles de mis bosques? ¿Podía yo asegurar que aquel *adiós* gemebundo no sería el último soplo de mi voz que escucharían aquellos séres queridos, y aquel abrazo que estrechaba nuestros senos henchidos de sollozos, no sería el último lazo que rompiera la separación eterna? ¿Y esta horrible incertidumbre? ¿Qué negra fatalidad me empujó lejos del santo oasis donde encontraba un refugio bajo sus verdes palmeras, en cuyas fuentes cristalinas se abrevaban mi pecho sediento; cuyo rocío de bendición descendía sobre mi ardorosa frente, en el árido desierto de la vida, antes que la voluntad suprema lo dispusiera? ¡Ah, madre mia! Padre adorado! ¡Queridos hermanos! Reunidos todos en el sagrado recinto del hogar, orad por la hija y hermana desterrada, cuya frente, cubierta de nubes, languidece, se dobla y muere como espiga seca que ha derramado uno por uno todos sus granos en los surcos; por la hija y la hermana que, no pudiendo vivir lejos de vosotros, alza los ojos enturbiados por el llanto para buscar en el Cielo la realización de todos los sueños de la tierra, la plenitud de todas las alegrías del Universo, la eterna patria de los bienaventurados.

España, 1887. ÚRSULA CÉSPEDES DE ESCANAVERINO.

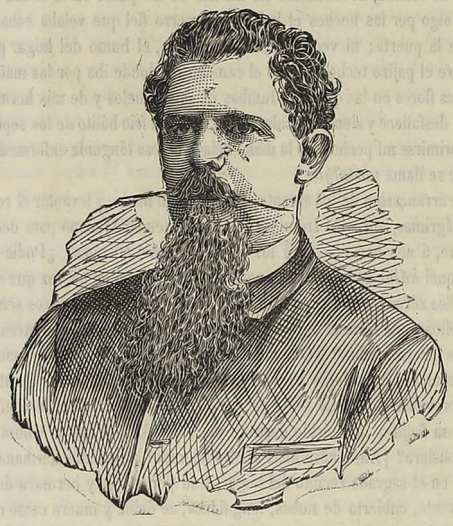
MEXICANOS DISTINGUIDOS



Manuel González Cosío, Presidente del Ayuntamiento de 1887



Francisco de P. Gochicoa, Director general de Correos



Alfonso Lancáster Jones, Diputado al Congreso de la Unión

El Profeta Elías alimentado por los cuervos

MODESTIA Y CARIDAD.

Ven, hija de mi amor, y en mis rodillas
Sentada, oye mi voz, y tu alma pura
En mis palabras tiernas y sencillas
Conozca de ese mundo la locura.
No quiero, no, que del capricho en alas
De inútil vanidad al necio halago,
Busques la dicha en pasajeras galas
Y lágrimas me des de amor en pago.
Mira en torno de tí. ¿Ves cuál se afana
La loca juventud de ansiedad llena
Tras mentidos placeres? Pues mañana
Por cada falsa dicha habrá una pena.
Toda semilla que se siembra crece
Y ofrece luego pródigo tributo;
Sólo la vanidad nunca florece,
Sólo la vanidad nunca da fruto.
Observa esa beldad que seductora
Al són se inclina de la muelle danza,
Sus bellas rosas le prestó la aurora,
Y le dió sus tesoros la esperanza!
Y mira allí á sus padres, con ternura
Y orgullosos de amor sus triunfos miran;
Mas ¡ah! que en su placer hay amargura
Y al querer sonreir tristes suspiran!
Cada brillante joya que aprisiona
La delicada red de sus cabellos;
Cada perla que entre oro se eslabona
Del albo seno á los contornos bellos:
El undívago encaje en que prendida
Muestra la veste de crugiente seda,
Esos adornos mil en que escondida
La natural beldad oculta queda;
No del oro no más al vano precio
Comprados fueron por el padre anciano,
Acaso en aras de un capricho necio
Su honra empeñó con mercader tirano.
Acaso en gotas de sudor y llanto
Se trocarán las joyas y oropeles,
Y roto al fin el vanidoso encanto
Vendrán tras el placer horas crüeles.
Y entonces ella volverá los ojos
Al sueño de un instante arrepentida,
Y hallará sólo en derredor despojos,
Humo que ya voló, rosa caida!!
Hija, el amor, del alma, sentimiento
Que á la modestia y la verdad florece,
Huye ante el falso brillo de un momento
Y el resplandor del mundo lo oscurece.
. . . . . .
Mas, torna la mirada hacia esa niña
Que viste de inocencia los colores,
Cuya beldad se ostenta aunque no ciña
Rico joyel sino tempranas flores.
Suelto su talle en el modesto lino
Que su gracia no oprime ni encadena;
En rizos el cabello, el pie mezquino
Siguiendo fácil el compás que suena:
El levantado seno dando vida
A una rosa entreabierta, que no agravios,
Aunque de nieve y de carmín vestida,
Podrá hacer nunca á sus virgíneos labios:
Graciosa por sencilla y por modesta
El alma lleva en los serenos ojos;
Goza un placer que ni un dolor le cuesta
Y no hallará por fin llanto ni enojos!
Mira ¡cuán linda está! ¡Cuánto embellece
Al nativo explendor sobrio atavío!
Indigno el oro á su beldad parece,
Y el brillo del diamante allí es sombrío!
Su padre al estrecharla contra el seno,
Al besarla en la frente ruborosa,
Sin miedo al porvenir, verá sereno
Promesa en ella de la casta esposa.
Y ella será feliz; que cuando al canto
Del ángel del amor su pecho aliente,
Virtud modesta doblará el encanto
Y el nuevo sol no bajará á Occidente.
Imítala, hija mia; que liviana
Hoy la fortuna pródiga en favores,
El bien que derramó, trueca mañana
En manantial eterno de dolores!
Y si la suerte en su vagar incierto
A darte aun más de lo que basta alcanza,
Piensa te encuentras en seguro puerto
Mientras les falta á otros la esperanza!
Piensa en la pobre madre que no halla
Para sus hijos pan, calor ni abrigo:
En la inocencia que con fe batalla,
En la vejez sin luz y en el mendigo.
Es la riqueza un dón que Dios entrega
Y en su bondad al corazón confía;
Aquel que la usa mal de Dios reniega,
Y desprecia sus leyes, hija mía!
Gasta así el oro que el avaro oculta
O disipa el orgullo descreido,
No en lujo vil que la modestia insulta,
Sí en dar ayuda al mísero y caido.
Cuando la caridad tiende la mano
Se eleva himno de amor al firmamento;
Y es el placer del fausto sueño vano;
Es fabricar castillos en el viento!
De vanidad la flor perece luego,
Pues la aridez del alma la marchita,
Y de fecundas lágrimas al riego
Sus frutos da la Caridad bendita!

HERACLIO MARTÍN DE LA GUARDIA.

México, 23 de Noviembre de 1887.

A BORDO.

Dos veces, mar, en rápida carrera
Tu soledad crucé triste y profunda;
Mísero y desterrado la primera,
Potente la segunda.

Ola que una borrasca precedía,
Entonces al abismo me empujaba;
Hoy la fortuna, de señora mía,
Se convirtió en esclava.

Y con todo, mi Dios, si en lo que obraste
Tu infinito saber encuentra el yerro,
Dame la juventud que me quitaste
Y vuélveme al destierro!

MANUEL DEL PALACIO.

NEBULOSAS.

A las estrellas una tarde dije:
Parece que os aflige
Alguna irremediable desventura;
De vuestra luz el rayo refulgente
En el tranquilo ambiente
Tiene destellos de sin par tristura.

¿Sois astros desgraciados? Teneis penas?
En las noches serenas,
Cuando alumbrais la inmensidad sombría,
Lágrimas de dolor son vuestros rayos,
Y hay en ellos desmayos
Y algo que indica tétrica agonía.

¿Por qué si alegra á Dios y á la criatura
Vuestra mirada pura,
Siempre en vosotras la tristeza vieron?
Cariñosas entonces las estrellas,
Y más que nunca bellas,
En lenguaje de luz me respondieron:

—Siempre vivimos solas, siempre lejos
Miramos los reflejos
De otra que es nuestra hermana, nuestra vida,
De otra que envuelta en nebuloso manto,
Con mirada de llanto
A una unión imposible nos convida.

Cerca nos veis vosotros, y del cielo
El azulino velo
Separa nuestro amor que amores pide,
Y este llanto de luz, que nunca cede,
Salvar apenas puede
El espacio sin fin que nos divide.

Callaron las estrellas.—Os comprendo,
Respondiles sintiendo
Humedecer sus lágrimas mi frente;
Os pareceis á mí, que sufro y lloro,
Que un imposible adoro,
Y que debo adorarlo eternamente.

Os pareceis á mi alma, que en su anhelo
En vano tiende el vuelo
En pos de otra alma cuya luz recibe;
También, como vosotras, el destino
Me ha negado el camino
De un corazón que sollozando vive.

ERNESTO LEÓN GÓMEZ.

Colombia, 1887.

DE «EL ALBUM DE ELLA.»

Como esos gritos que en los labios mueren
En las supremas crisis del quebranto,
Así en mis versos enmudecen torpes
Las notas varoniles de mi canto.

Sí, de mi canto. Siento en mi cerebro
Las estrofas vibrar de mis amores,
Rugir las olas de pasión violentas
Agitadas por vientos bramadores.....

¡Y busco el verbo y la palabra vuela!
¡Rebelde eterna que no venzo nunca!
Comienzo apenas la entusiasta estrofa
Y mi palabra se enmudece y trunca.

Yo, que el vuelo del águila quisiera
Para subir á la celeste cumbre
Donde se enciende la palabra humana
Del genio soberano con la lumbre;

Yo, que ambiciono que mi canto un día
El cóncavo infinito repercuta,
Y que señale al hombre degradado
En los espacios luminosa ruta;

Yo, que quisiera coronar tu frente
Con los eternos lauros de la fama,
Vivir contigo la infinita vida
Con que la historia á la grandeza aclama....

¿Yo? Vivo eternamente encadenado
A la merced del buitre del deseo,
Y sin haber robado del Olimpo
Aquel fuego inmortal de Prometeo.

MANUEL GONZÁLEZ (hijo).

Guanajuato, 1887.

VICTORINA Ó HEROÍSMO DEL CORAZÓN.

NOVELA ORIGINAL

de Concepción Gimeno de Flaquer

(Continuación.)

Sus salones no estaban tan concurridos como de costumbre; los que los frecuentaban con pretensiones amorosas fueron desapareciendo al cerciorarse de los amores de Victorina con el laureado poeta-pintor.

Nieves había perdido gran número de sus adoradores.

Cuando llegó, Victorina la presentó en sus salones como una amiga; mas los jovenes del *beau-monde* quisieron averiguar quién era, y Mario, agobiado por ellos, les puso al corriente de su infausto nacimiento.

El orgullo les hizo abandonar á la expósita.

Alberto se aproximó á Nieves y conversó con ella toda la velada, simpatizando mucho con sus ideas ligeras y atrevidas y con su desmesurada audacia.

Doña Clara sostenía un diálogo sobre asuntos religiosos con dos ancianos contertulios que había aquella noche, y Mario debatía con Victorina la siguiente cuestión:

—No puedo admitir lo que supones, decía Mario muy contristado y aunque fuera cierto, ese no es obstáculo á nuestro enlace.

—Su padre me encargó velar por su ventura, y si Nieves te ama, renunciaré á tu amor; me parecería no cumplir fielmente lo que prometí á mi marido.

—Nieves es incapaz de sentir el amor que tú crees, se distrae con el primero que se le presenta; además, aunque yo no te amara, jamás podria aceptar á una mujer como Nieves.

—Pero mi deber me ordena no unirme á tí hasta que ella se coloque; yo estoy en lugar de madre, y debo cumplir la misión que me impuse.

—Casada conmigo podrás llenar igualmente tu misión.

—El mundo me censurará si sabe que Nieves te ama, y yo soy muy débil para arrostrar la opinión.

—No te ocupes más de este asunto.

Sería chistoso que después de habernos sacrificado por el honor y el deber, concluyéramos por ser víctimas del capricho de esta tontuela. El amor no se alberga en almas tan raquíticas como la suya, y aunque así fuese, que se guarde su amor.

¡Desdichado el sér que se úna á ella: se suicida á los tres meses!

Sus comedias y falsas lágrimas me encontrarían insensible; sé á qué atenerme respecto á esa infame mujer.

Tu pureza de pensamiento no puede comprender su mala intención.

Yo me entenderé con ella; no la compadezcas, que no merece tu compasión.

Pocos minutos después salieron juntos del palacio el poeta y el vizconde.

Mario le puso al corriente de cuanto sucedía, y Alberto le contestó:

—Puede Victorina desechar esos delicados temores; he empezado á galantearla, y ella me ha dado grandes esperanzas.

Te prometo dedicarme á enamorarla con el objeto de que no os moleste.

Si se entrega, la tendré hasta que me canse. Después de todo, no corro peligro alguno; á ella no le gusta el himeneo; para querida no me desagrada, es muy joven y hermosa, y concluirá por inflamar mis sentidos.

Alberto se acostó dominado por las ideas y proyectos que había comunicado á su amigo acerca de Nieves.

X

—Es preciso que no permitas esas libertades al vizconde, decía la joven viuda con cariño á Nieves.

—Es muy alegre su carácter, y me agrada mucho que lo sea.

—No es esa la cuestión: tú le permites confianzas que te perjudican.

—Yo no estudio mis acciones.

—Una joven debe medirlas siempre.

—No hago nada grave.

—Más de lo que tú crees; tienes unos modales muy desenvueltos, un lenguaje libre, lúbrico, y ésto te hace descender en el concepto de las personas sensatas.

—Yo no quiero más opinión que la de Alberto.

—Tienes muy poco mundo, Nieves. El hombre que hoy te halaga solicitando esas vergonzosas concesiones, te despreciará en seguida que hayas apagado su deseo.

El amor de los sentidos es muy fugaz. ¡Desgraciada la mujer que inspira amor sensual!

—No me agradan los amores melancólicos y etéreos: no estoy por el platonismo.

—Te suplico que seas más modesta, la modestia debe ser la primera virtud de una joven, la modestia nos hace simpáticos y apreciables.

Al sexo femenino el arrebol que mejor le sienta es el del pudor, el perfume que le hace más grato es el de la modestia. Una joven debe ser modesta violeta y no arrogante dalia.

La dalia no tiene perfume, la contemplamos un momento y pronto la abandonamos, quedando deshojada y perdida entre la arena. La violeta nos encanta con su perfume y la guardamos mucho para que éste no se evapore.

—Para predicador es usted la única, Victorina.

—No puedo ver con impasibilidad recorras las sendas que conducen á un abismo sin fondo. Si no me escuchas, te perderás.

—Bueno, déjeme usted, quiero perderme á gusto.

—Si no hubiera prometido á tu padre velar por tí, me desentendería de

cuanto te concierne. Eres una joven mal educada, altanera, despótica é inmoral; tu ruina es inevitable.

—¿No encuentra usted más dicterios? Pronto se agota su facundia.

—Observa que me voy cansando de tus descaros.

—Y yo de oir á usted cual un misionero.

—¡Algún dia llorarás y querrías fuera yo tu paño de lágrimas!

—¡Qué ilusión! Yo no la necesito á usted para nada!

—Pronto lo has dicho.

—Estoy deseando que llegue el dia de la lectura del testamento, y cuando sepa las disposiciones de mi padre obraré como más me acomode. Quiero emanciparme.

—Dios vele por tí; he perdido las esperanzas de tu enmienda.

—No quiero cuidados de Dios y sus santos, yo me cuidaré, nadie me ama cual yo misma. Lo demás son mogigaterías: jamás me han gustado las beatas.

—Las beatas tienen mejor vida y mejor muerte que las impías.

—¡Que siga cada una el camino que más le seduzca.

—Te prometo no hacerte más reflexiones.

—Lo agradeceré.

Nieves, distraida con el vizconde, había cesado de atormentar á Victorina; y ésta se entregaba de nuevo á su amor puro y elevado que resistía á mil contrariedades y desventuras.

El poeta-pintor empezaba á proyectar para el porvenir.

Una velada en que Nieves hablaba muy entusiasmada con el vizconde, Mario decía á Victorina:

—Ya la suerte no puede oponerse á nuestro enlace; la lucha terminó; ha llegado la hora del vencimiento, el momento de recibir el premio.

—¿Qué ha sido de la madre de Cándida?

—Vive en Granada, yo le pago su manutención y la de la mujer que la cuida.

—No olvides nunca ese sagrado deber.

—Mi intención es no olvidarlo.

Verás cuán placentera se deslizará nuestra existencia, convencidos de que hemos ganado con nuestros sufrimientos la dicha que gozaremos. Tanto placer, ventura tan grande, la deberé á tu constancia y al heroísmo de tu corazón.

—No hay en la vida más felicidades, no hay dichas más verdaderas que las alegrías del alma.

—¡Los goces del corazón, suaves, puros y tranquilos, nos indemnizan pródigamente de los pesares con que el hado fatal nos aflige y amedrenta.

—No hay dicha superior, ni soñado placer igual á la dulzura de vivir eternamente contigo.

—¿No temes que el hastío llegue á hacer alguna vez su presa en tí?

—Jamás. Posees belleza moral, física é intelectual. Es encantador fijar la vista al abrir nuestros ojos en un sér amante que nos comprenda con una mirada, y que adivine nuestros pensamientos. La inteligencia es el mejor dón de los múltiples que ha repartido el Hacedor.

Una mujer bella con talento es un sér ante el cual se debiera postrar el mundo entero. Tú, Victorina adorada, eres una criatura superior á los más expresivos elogios: aunque hubieras sido fea, tu inteligencia, que tanto ilumina tu semblante, hubiera hecho que te encontrara hermosa. ¡El dominio del mundo pertenece al talento!

No hay soberanía que pueda compararse á la soberanía de las reinas de la inteligencia.

—Sin embargo, he conocido hombres que buscaban mujeres de cortos alcances.

—No tienen que buscarla mucho; las mujeres tontas están en inmensa mayoría. Dios, tan generoso para conceder la hermosura á la mujer, ha sido avaro para otorgarle el talento: por eso como andais tan escasas las mujeres inteligentes, al encontrarte yo en mi camino te he consagrado un culto fervoroso.

Los hombres que quieren una mujer sin claro criterio son insensatos, estúpidos ó malvados. Son malvados, porque buscan una mujer ciega para que no vea por qué senda caminan; son estúpidos, al comprender que marcha á pique la fortuna de una familia si se le entrega á una torpe la administración de los intereses, y son unos insensatos al esperar orden y gobierno bajo la disciplina de un sér mecánico que se mueve y se agita sin saber á qué impulsos obedecen sus movimientos.

—Tienes razón, la ceguera intelectual es horrible y de funestas consecuencias.

—Yo quiero luz ante todo; los retrógrados, los enemigos del progreso, los oscurantistas, esos animales lucífugos, me inspiran compasión. El que huye de la luz, es que la teme, porque necesita ocultarse de ella.

—Mis ideas convergen con las tuyas.

—Sí; tenemos muchos puntos de contacto, y como dijiste tú, «somos dos lirios del mismo tallo.»

—Tu alma está á la altura de la mia, tu inteligencia más alta, querido Mario.

—No admito ésto: yo me veo muy pequeño ante tí.

—Porque me amas, porque eres muy humilde y modesta.

—Mucho te amo, pero no me ofusca el amor; te concedo lo que el mundo, inteligente y apto te concede.

—¡Cuánta indulgencia!

—Tú eres un sér que no se parece á nadie; uno de esos séres que brillan con largos intervalos. Eres un sér perfecto.

—Observa, Mario, que no hay nadie que lo sea.

—En ese caso eres el sér más próximo á la perfección.

—Ni ésto admito.

—Me enfadarás si no transiges con lo que tan justo es.

—Será forzoso transigir: te has empeñado en alzarme un pedestal, y yo no puedo sostenerme en él por más que lo desee.

—Mi amor te sostendrá.

—En él fio.

—¿Me amas mucho tú?

—Mi amor es inconmensurable, infinito, inmortal; los latidos que mi corazón te consagra serían más difíciles de contar que las estrellas.

Continuará.

EXPLICACIÓN DE LAS ILUSTRACIONES.

La Reina de Inglaterra y un príncipe africano.—La religión es necesaria á todos los pueblos, porque está basada en la moral, siendo la moral más perfecta la que se encierra en el Cristianismo. Por este motivo el Occidente ha superado al Oriente, de donde vino antes la civilización, y no es extraño que al regalar María Victoria á un príncipe africano un ejemplar de la Biblia, le manifestara que la grandeza de Europa y el germen del progreso y de la moderna civilización, se debía á los grandes preceptos y sabias leyes que encerraba aquel libro.

General Manuel González Cosío, *Presidente del Ayuntamiento de México.*—No sólo en la esfera científica es donde ha brillado el Sr. González Cosío, pues también como soldado dió pruebas de pericia y valor en diferentes guerras, batiéndose de una manera bizarra. Su patriotismo le hizo sufrir duras penas, que el gran temple de su alma le hizo arrostrar, pues antes que doblegarse ante el invasor, prefería la muerte. Ha sido Gobernador de Zacatecas y Diputado en diferentes legislaturas; Prefecto de Tacubaya, Jefe de la Sección 1ª de la Tesorería General, y hoy pertenece al Senado y desempeña con inteligencia y probidad el difícil cargo de Presidente del Ayuntamiento de México, para el cual ha sido reelegido.

Alfonso Lancáster Jones, *Diputado al Congreso de la Unión.*—Conocidas son las altas cualidades que distinguen á este Diputado jalisciense. Hábil político, entendido jurisconsulto, inspirado poeta y elegante orador, ha representado en distintas ocasiones á su país natal, demostrando el amor que le tiene. Los conocimientos del Sr. Lancáster hicieron que fuera designado para el arreglo de la representación de México en la Exposición de Nueva Orleans. Es miembro de varias corporaciones extranjeras y socio de muchos círculos científicos y literarios del país, abogado consultor del Banco de Londres y de la Cámara de Comercio.

Francisco Gochicoa, *Director General de Correos.*—Este distinguido mexicano es tan hábil como sagaz político. Pertenece al partido liberal, siendo tan leal en sus compromisos de partido como honrado, pues ha salido pobre de los altos puestos que ha ocupado. Comenzó su carrera en 1854, y en el año siguiente fué comisionado para que organizara las oficinas del Ayuntamiento, en donde había completa desorganización; en 1858 fué Subsecretario de Hacienda en la Presidencia del benemérito Juárez, siguiéndole constantemente en todas sus peripecias políticas. En 1882 formó parte con los señores Saavedra y Nava de la Comisión de reformas al sistema postal, de la cual resultó el Código vigente que comenzó á regir en 1º de Enero de 1884, habiéndose recibido dicho Sr. Gochicoa de la Dirección General de Correos, en 2 de Febrero de 1885. Ha sido muchas veces Diputado al Congreso de la Unión, y hoy representa un distrito del Estado de México.

El Profeta Elías alimentado por los cuervos.—Este célebre Profeta hebreo incurrió en desagrado de Acab y Jezabel, reyes de Israel, por haber combatido el culto fenicio de Baal, al cual consagró la reina cuatrocientos falsos sacerdotes, poniendo otros tantos en los bosques sagrados para el culto de los ídolos mientras meditaba el exterminio de los verdaderos profetas. Pero ni lisonjas ni amenazas pudieron imponer silencio á Elías, que tronaba contra los desórdenes del rey y de la reina y contra la inhumana impiedad del culto de Baal; tanto que el pueblo, sublevándose, mató á los sacerdotes profanos. Perseguido refugióse en un desierto, donde Dios quiso premiar sus virtudes enviándole un cuervo encargado de llevarle alimentos. Murió 880 años antes de la venida de Jesucristo.